

eugenesia. «Tanto en lo que respecta a su puesta en escena como a su decline, las causas iniciales de la eugenesia pertenecen a la historia de las ciencias» (pág. 44). La genética de poblaciones, la genética fisiológica o la teoría de la evolución contribuyeron a sostener la idea de una degeneración como resultado de una falta en el mecanismo de selección natural. Por el contrario, el desarrollo de la bioquímica y de la genética molecular, con su preocupación por el individuo en detrimento de las poblaciones, hizo desaparecer la eugenesia de la biología. Ese último proceso, que ocurrió durante los años 50 y 60, promovido también en parte por el fantasma del nazismo, se invirtió, sin embargo, durante los años 70. En efecto, durante las últimas décadas de nuestro siglo la existencia de diagnósticos prenatales y la ausencia de terapias adecuadas para el tratamiento de enfermedades congénitas ha desarrollado lo que André Pichot considera un retorno de la eugenesia, en tanto que se controla el nacimiento de niños «biológicamente correctos» (pág. 66). Sin descansar ahora en una supuesta mejora genética de la especie humana o en un remedio contra su supuesta degeneración, la interrupción del embarazo basada en criterios filantrópicos coinciden, según Pichot, con buena parte de los argumentos y justificaciones basadas en la salud pública sobre las que se asentaron los eugenistas de principios de siglo.

Sin pretender ser un manifiesto ni un texto erudito, este libro de Pichot presenta de forma crítica algunos de los problemas más contemporáneos relacionados con la historia de la biología en general y de la genética en particular. Escrito con gran sencillez de estilo, el libro contiene interesantes reflexiones tanto para el público general como para el historiador de las ciencias que no sea necesariamente especialista.

JAVIER MOSCOSO

JAVIER ECHEVERRÍA. *Filosofía de la ciencia*, Madrid, Akal, 1995, 215 pp. ISBN: 84-460-0551-4.

Dada la colección en que se publica y su título, este nuevo libro de Javier Echeverría podría confundirse a primera vista con un manual o una introducción a la filosofía de la ciencia al estilo de obras ya clásicas como las de Chalmers o Brown. Sin embargo, sólo por su claridad expositiva, que lo hace accesible a los estudiantes y a los no especialistas, responde este trabajo a las características del manual típico de filosofía de la ciencia. Por lo demás, seguramente resultará sorprendente para muchos que en un volumen con el título de *Filosofía de la ciencia* se dedique tan poco espacio a algunos de los

*tópicos* (en los dos sentidos más habituales de la palabra) que suelen poblar las aproximaciones a la filosofía de la ciencia de nuestro siglo: la justificación de la inducción, el falsacionismo popperiano, los programas de investigación de Lakatos, etc., etc. La escasa atención a estas y otras cuestiones sería quizás reprochable si no se dispusiera ya en nuestro idioma de varios textos que introducen a las vicisitudes de la filosofía de la ciencia en nuestro siglo, incluyendo las obras de autores españoles como Anna Estany (*Introducción a la filosofía de la ciencia*, Barcelona, Crítica, 1993) o el propio Echeverría (*Introducción a la metodología de la ciencia: la filosofía de la ciencia del siglo XX*, Barcelona, Barcanova, 1989). Posiblemente quienes no se hayan acercado antes a la filosofía de la ciencia hagan bien consultando primero esos textos, pero aquellos lectores que no son completamente novatos agradecerán sin duda que Echeverría tome como punto de partida el pensamiento post-kuhniano y les zambulla sin demasiados preámbulos en algunos de los debates más apasionantes de la reflexión contemporánea sobre la ciencia.

Con respecto a esos debates, por otra parte, Echeverría no adopta la posición del mero espectador. Antes bien, tras exponer las recientes aportaciones de diversos autores (lo que, en algunos casos, como en el de la vieja distinción positivista entre contexto de descubrimiento/justificación, obliga a remontarse oportunamente hasta los orígenes) el autor esboza, cuando menos, respuestas en ocasiones originales y siempre sugerentes a las principales temáticas abordadas.

El punto de partida lo proporcionan ciertas concepciones que sólo recientemente (y en absoluto de forma unánime) se han incorporado a la lista de lugares comunes de la filosofía de la ciencia. Una es la visión de la ciencia como una *actividad*, un proceso intelectual y social que tiene entre sus resultados un variopinto acervo de conocimiento aceptado, pero que no se reduce a éste. Otra fuente, como Echeverría reconoce explícitamente (pp. 32 ss.), la proporciona Ian Hacking y su concepción de la ciencia como transformación del mundo (una concepción, recuerda Echeverría, con antecedentes en Bacon y Leibniz) y, en general, el reconocimiento de la dimensión práctica de la ciencia. Una tercera (sin pretender, por nuestra parte, ser exhaustivos) es la reciente y creciente reflexión en torno al papel de los valores en la ciencia (en autores como Kuhn, Laudan y McMullin).

Sobre esta base plural, Echeverría desarrolla una visión de la ciencia que incluye, al menos, los siguientes elementos:

En primer lugar, el reconocimiento de la ciencia como actividad desemboca en la necesidad de contemplar cuatro contextos de esa actividad científica

(educación, innovación, evaluación y aplicación), frente a la tendencia de casi todos los filósofos e, incluso, de algunos representantes del constructivismo social, a privilegiar alguno de ellos.

Por otra parte, Echeverría aporta a la discusión sobre la presencia de valores en la ciencia la defensa de un pluralismo axiológico irreductible y la reivindicación de la necesidad de tomar en consideración los valores *prácticos* (mientras que autores como Laudan limitan su análisis al papel de los llamados valores epistémicos o cognoscitivos, favoreciendo así una visión internalista del cambio científico).

Por último, la insistencia en el carácter práctico de la ciencia lleva a una superación de la barrera tradicional entre pensamiento teórico (científico) y pensamiento práctico (moral, etc.). Esta superación está presente, por ejemplo, en la concepción de las leyes científicas como normas para la acción, defendida por Echeverría en el último capítulo del libro, así como en la observación de que la filosofía de la ciencia no puede reducirse a epistemología y es, también, filosofía práctica.

Estas propuestas, comprometidas y polémicas, son en todos los casos merecedoras de cuidadosa atención y contribuirán sin duda a enriquecer el debate en torno a la ciencia. Con todo, algunas de ellas se encuentran aún poco más que esbozadas y necesitadas de desarrollo. A título de ejemplo, señalaré un punto en el que la aportación de Echeverría quizás deba complementarse con las de la teoría ética reciente para superar algunas dificultades de las que el autor no se ocupa en este trabajo, pero que podrían constituir serias objeciones a su posición. En efecto, Echeverría habla de las leyes científicas como normas que se obedecen, más que como creencias que se aceptan. Ahora bien, si tanto las leyes como las reglas metodológicas de la ciencia son normas para la acción, necesitamos una concepción de la normatividad que nos evite acabar reduciendo la ciencia al repertorio de actitudes subjetivas en colisión, manifestación de emociones y recursos de persuasión en que los filósofos positivistas-emotivistas quisieron convertir el discurso moral. La superación de la escisión pensamiento teórico/práctico no puede quedarse en recordar el carácter normativo de la ciencia; al mismo tiempo, es necesario reivindicar algún grado de racionalidad y objetividad en el discurso normativo (ya sea en el contexto científico o en el moral) si no se quiere desembocar en el más feroz de los relativismos, tanto por lo que respecta a los contenidos como a la evaluación y orientación política de la actividad científica. A este respecto, conviene recordar (con los llamados *realistas morales* contemporáneos) que la mayoría de las proposiciones normativas, en ciencia, en epistemología o en ética, no están formuladas en el modo imperativo, sino en la forma

de oraciones declarativas. Esto es, de oraciones a las que cabe atribuir (y, de hecho, atribuyen los hablantes competentes, con la posible excepción de aquellos contaminados por la metaética al uso) un valor de verdad.

En resumen, nos encontramos ante un libro claro, interesante y muy útil para quien quiera introducirse en algunos de los últimos debates en torno a la ciencia. Al mismo tiempo, resulta gratificante comprobar que alguien más en nuestro contexto cultural es capaz de realizar una aportación a esos debates que va más allá de la exégesis y divulgación de las obras producidas en el mundo anglosajón.

FCO. JAVIER RODRÍGUEZ ALCÁZAR